

que contenia estas palabras, »Gil Blas, el primer bolsillo que te regalé ha sido por el gran »servicio que me hiciste de restituirme á la casa »de mis padres: este que ahora te doy mas que »doble del primero, es con la condicion de, que »me escribas, y me comuniques tu buena ó mala suerte.» Reunia pues Santillana con los dos bolsillos una cantidad regular para poder vivir algun tiempo por sí solo; mas reconociendo que este dinero se le acabaria, sino procuraba economizarlo, entró muy gustoso en el servicio de aquel comerciante, que tan buen partido le ofrecia.

Colocado ya en aquella casa fue su primera diligencia enterarse de su obligacion para desempeñarla honradamente, y con exactitud. Su amo le condujo á los talleres, y en muy pocos dias se hizo cargo de todo, y cumplió con su deber como descendiente de los antiguos hijosdalgo de Castilla. Permaneció pues en aquella ocupacion todo el tiempo que duró la guerra de la independencia en España. Allí supo por los papeles públicos las tremendas batallas que se dieron por una y otra parte, admirándose de dia en dia del indomable carácter español, que no se dejó aterrado por los ejércitos y mariscales franceses, que habian ya conquistado casi toda la Europa.

CAPÍTULO IV.

Venida de Napoleon á España.—Restituye á su hermano el palacio de Madrid.—Arroja los ingleses al agua.—Le declara la guerra el emperador Alejandro.—Campana de Rusia.—Fin y muerte del ejército francés.—Batalla de Waterloo.—Prision de Bonaparte.

Hasta el año de 1814 permaneció Gil Blas en la ciudad de Marcella y en la casa de aquel comerciante. Terminadas las horas de su obligacion se ocupaban en leer los papeles públicos. Cuando supo por ellos la batalla de Bailen, cuyas consecuencias fueron arrojar de la capital de España al rey José, hermano del emperador Napoleon, exclamó:—¿Es posible, Dios mio, que regimientos formados de paisanos como los que yo he visto en Asturias (por que yo no puedo dudar que de otros iguales se han formado todos los de España) se hayan burlado tan completamente de los conquistadores de casi todas las naciones europeas? Pues si esto es posible, como lo ha sido, aprended reyes, emperadores y príncipes, que todo lo quereis

sujetar á vuestra ambicion y vuestro orgullo. Si el mismo emperador Napoleon habia dicho que el pueblo que queria ser libre, no tenia mas que quererlo, ¿ cómo ha pretendido sujetar al pueblo español tan amante de su libertad? ¿ cómo es que se ha obstinado en esta injusta conquista, viendo en todas las provincias de España hombres y mujeres, viejos y niños enfurecidos contra esta tiranía? ¿ Qué pueblo del mundo consiente ver arrebatado á su rey y á toda la real familia con la mas pérvida traicion? Pues que! El que se halla con un ejército superior á todos los demas ¿ tiene por ventura derecho para usurpar el trono de todos los reyes del mundo? Tal era la ambicion del emperador de los franceses.

Dueño ya de casi todas las naciones europeas, solo le faltaba serlo de la Península Ibérica. La España le era ciertamente una nacion aliada y fiel. Le habia contribuido hasta con ejércitos para sus conquistas. Sin embargo, no fue esto lo bastante para contener al conquistador en la usurpacion del trono español. Habiéndose apoderado por una perfidia de los reyes padres y de Fernando VII, verdadero rey por renuncia de carlos IV, y por aclamacion universal, los condujo todos á Bayona. Allí obligó al hijo á renunciar la corona en su padre,

á éste en el mismo emperador; y en séguida trasladó en su hermano José el cetro de la española monarquía. ¿ Y son los que representan esta farsa tenidos por hombres grandes? ¿ Y son los que cometen estas perfidias los que el mundo llama héroes? Pues si los héroes y los hombres grandes de este mundo son de este jaez, el mundo y todos sus habitantes valen ciertamente bien poco.

Desesperado el emperador de los franceses y rey de Italia de ver á su hermano José arrojado de la capital de España por unos séres, que en su desmedido orgullo consideraba como pigmeos, no pudo resistir este ultraje hecho á un conquistador casi universal. Jura la venganza, y en efecto la consiguió. Reune regimientos sobre regimientos, y formando ejércitos de derecha, izquierda, centro y reserva, resuelve venir él en persona á restablecer á su hermano en la corona usurpada en Bayona á los legítimos reyes de España. Su hermano le aguardaba en Búrgos, y habiendo llegado el emperador con unas fuerzas tan considerables, consiguió efectivamente arrollar todos los ejércitos españoles, y entrando en Madrid, vindicó el ultraje hecho á las águilas francesas.

No era esto aun lo bastante para el que se consideraba el omnipotente del siglo. Los ingle-

ses habian hecho causa comun con los españoles en esta guerra escandalosa. Tenian por consiguiente á sus ejércitos británicos en la Península como auxiliares. Era pues indispensable al orgullo del emperador arrojarlos del suelo español, y consiguió efectivamente echarlos al agua dentro de algunos dias. Este triunfo y esta tan completa victoria, no podian menos de llenar la medida del mas ambicioso guerrero; pero ¡oh miserable condicion de los humanos! Precisamente desde estos felices instantes principió la decadencia de este poder colosal, de este hombre tan singular y extraordinario, de este azote de la humanidad, del emperador y rey Napoleon Bonaparte.

Alejandro, tambien emperador de Rusia, era otro poder que no podia menos de respetar el mismo Napoleon. Consta de sus mismos escritos haber dicho que la suerte de la Europa estaba dividida entre los dos. Era pues indispensable ponerse de acuerdo con él para traer sus ejércitos á la conquista de la península ibérica. En efecto, se vieron, comieron juntos, y se dieron la mano de amigos antes de emprender esta escandalosa usurpacion. Pero ¡oh decretos impenetrables de la Providencia! Cuando este hombre, hasta entonces invencible, se consideraba ya dueño de la España y el Portugal,

precisamente entonces le declara la guerra su amigo el emperador Alejandro. Se hallaba pues en la necesidad de sacar una gran parte de sus ejércitos en España y trasladarlos á 700 leguas de distancia, es decir, del uno al otro extremo de la Europa. Era este un caso en que no se habia visto en todas sus conquistas. Era este un suceso para intimidar al mas valiente conquistador. No obstante, este hombre incomparable, lejos de acobardarse y aturdirse, resuelve en su cabeza nada menos que arrojar de la Europa á su competidor.

Un ejército de 500,000 hombres de infantería con 80,000 caballos y el correspondiente tren de artillería, fué el que reunió en muy poco tiempo, y el que consideró suficiente para conseguir su intento. Era el mayor de los ejércitos que desde la guerra de Alejandro y Darío se habia visto hasta entonces. Em prende con él, siempre al frente de sus tropas, contra todos los ejércitos del emperador de la Rusia. A todos los arrolla, los envuelve, los ahuyenta, y nada se resiste á su inconcebible valor. Llega á Moscow antigua capital de aquel imperio. Pero ¡oh Providencia! Allí, donde precisamente tenia que fijar sus cuarteles de invierno, para emprender en mejor estacion el término de tan grande empresa, allí halló la imposibilidad de

realizarlo. Los rusos hicieron un infierno de su capital y la redujeron á cenizas. ¿Cómo pasar allí Napoleon el invierno y dar la debida subsistencia á 600,000 hombres? Los rusos habian huido y habian hecho un desierto de todo aquel contorno. Los hielos y las nieves iban á caer, y efectivamente se anticipó la mas rígida estacion en aquel clima. Permanecer en él era morir de hambre. Retroceder era sufrir toda la furia de los elementos. En el uno y en el otro caso era una muerte inevitable.

En efecto, se puso por obra el último de los extremos, y se adoptó la resolucion de volver por el mismo camino que los habia conducido hasta allí. ¡Oh decretos impenetrables del Criador! Este incomparable ejército, superior al poder humano, era ya de necesidad que otro mayor poder le aniquilase, antes que acabase de despoblar una gran parte de la Europa como ya lo iba realizando. Los hielos, los frios y las nieves de aquel irresistible clima á los que no se han criado en él, fueron la guadaña, la segur, la cuchilla que aniquiló casi todo aquel incomparable ejército. No era bastante el poder de la tierra, y era ya preciso que otro poder superior aniquilase los verdugos de la humanidad. En efecto, en aquella retirada perecieron los soldados, los capitanes, coroneles,

mariscales, generales y demas jefes de un ejército que hacia temblar á la desolada Europa. Los frios, los hielos, las lluvias y las nieves sepultaron en los caminos á los que pensaron dar la ley al emperador de las Rusias. Las tropas de este emperador, aprovechándose de la ocasion que les presentaba su clima natural en ellos, perjudicial en sus enemigos, picaron su retaguardia y los acribillaron en aquellas encrucijadas. Así acabó este poder tan inmenso, no visto hasta entonces, ni en la conquista de Italia, ni en las demas grandes batallas dadas y ganadas por Bonaparte en casi toda la Europa.

A pesar de todo lo dicho, este hombre extraordinario y singular consiguió salvarse con algunos de los suyos, y aunque, aprovechándose de su derrota, se conjuraron contra él alemanes, prusianos y rusos, consiguió no obstante reunir en muy poco tiempo otro ejército de 300,000 hombres, y se propuso batirlos á todos sin el menor obstáculo. Tal era su valor y tal su pericia militar, que tal vez lo hubiera conseguido á no cansarse ya la divina Providencia de sufrir tanto esterminio de la humana especie. En efecto, decidió la suerte, la adversa suerte, hasta entonces siempre propicia, que en la batalla de Waterloo acabase

su carrera este azote de la humanidad. Allí dió fin á sus glorias este héroe conquistador, este hombre singular y extraordinario. Viéndose ya como perdido, y civilmente muerto, puesto que los ejércitos vencedores le perseguirían hasta arrojarle del suelo francés, y colocar en aquel solio al legítimo descendiente de Luis XVI, resolvió acogerse á la hospitalidad de la Constitucion inglesa. Cuando la Providencia decreta castigar al criminal, le venda los ojos del entendimiento, para que él mismo camine á ciegas al abismo de su perdicion. Esto mismo es lo que le aconteció al grande hombre del siglo, al que admiraba y casi reverenciaba la mayor parte de la Europa.

Es una verdad que la Constitucion inglesa daba proteccion á todo al que á ella se acogiese, y por esta razon debia contarse seguro en Inglaterra bajo la égida de este código el emperador de los franceses; pero el caso era extraordinario. Napoleon Bonaparte era un enemigo declarado de la Inglaterra, en tal forma, que habia resuelto acabar con el formidable poder marítimo de esta gran potencia que se habia abrogado el esclusivo dominio de los mares. Abrigado de la hospitalidad inglesa, podia muy bien resucitar su anterior poder por hallarse tan inmediato á la Francia. Era pues indis-

pensable infringir la Constitucion para negarle la hospitalidad que esta ley concedia. Así lo verificó aquel astuto gabinete, y resolvió conducirle prisionero á la remota isla de Santa Elena, en donde dió fin á sus días este hombre extraordinario y singular.

Viendo Gil Blas el término de la guerra de España decidido en la batalla de Waterloo, resolvió trasladarse á su patria cuando volviese á ella su verdadero rey el señor don Fernando VII. No tardó mucho en saber por los papeles públicos, que efectivamente el legítimo rey de la monarquía española Fernando VII, se restituía á ocupar el trono de sus mayores. Desde entonces formó Gil Blas el propósito de no permanecer mas en Marsella, y aprovecharse de la primera ocasion que se presentase para embarcarse para España. Así se lo comunicó á su buen amo, que le amaba cordialmente por haber conocido en él muy nobles sentimientos, y la mayor pureza en el desempeño de las obligaciones de su destino. Toda la familia de aquella casa sentia muy amargamente la separacion de Gil Blas, pero con particularidad una hija de aquel comerciante de edad de 18 años llamada Eugenia. Habia mirado siempre al joven español con una predileccion extraordinaria entre todos los jóvenes sus paisanos que se paseaban por Mar-

sella. Gil Blas no dejaba de conocerlo, y no la correspondía con esquivéz siempre que tenían la ocasión de hablarse á solas; pero jamás la dió motivo para que Eugenia consintiese en un enlace matrimonial. Miraba este paso como una traición al amo á quien servía, y á la casa que le habia acogido tan ventajosamente para él.

Hallándose pues una noche en su cuarto preparando su equipaje para disponer su viaje entraron en él la Eugenia y su madre. Esta que observó los preparativos nada dudosos de la marcha de Gil Blas, tomó la palabra y se esplicó así.—¿Con que de veras, Gil Blas, te marchas y nos dejas?—Señora, le contestó este, cuando he tenido el honor de entrar en esta casa ha sido por consejo del amo de la misma. Este me hizo presente que mi viaje á España durante la guerra de la independéncia, era expuesto y arriesgado. Hoy se ha concluido esta guerra, nuestro legitimo rey se restituye á su trono, y yo voy á seguir con él la suerte de mi patria.—Pues amigo, le dijo la señora de la casa, que se llamaba Antonieta, no te precipites en tu resolucion, porque tenemos mucho de que tratar antes, y pasó entre los tres el siguiente diálogo.

DIÁLOGO

ENTRE GIL BLAS, ANTONIETA Y EUGENIA.

ANTONIETA... No estrañaria yo, Gil Blas, que tú te separarás de nosotros tal vez para siempre, no siendo sabedor de lo que hemos acordado mi marido y yo, de acuerdo tambien con esta mi querida hija que está presente. Te hemos observado cuidadosamente todo el tiempo que te hallas en nuestra compañía, y nos hemos convencido de que entre cuantos jóvenes hay en Marsella, ninguno como tú es capaz de hacer nuestra felicidad. Hemos resuelto por lo mismo adoptarte por hijo nuestro, casándote con nuestra querida y única hija Eugenia, y hacerte dueño á nuestra muerte de todo nuestro capital en fábricas, manufacturas y demas giro nuestro que ya habrás conocido en Marsella. Desiste, pues, de emprender tu viaje á España, y resuelve quedarte con nosotros, en el concepto de casarte con Eugenia, con quien serás feliz y dichoso, acaso mas que con ninguna de tus paisanas y compatriotas.

GIL BLAS... Señora, yo nunca me he creído acreedor al honor que Vds. tienen la bondad de dispensarme, y aunque conozco el singularísi-

mo mérito de la Eugenia, que está presente, puede decir si yo me he adelantado jamás con ella á una pretension tan alta, y que nunca creí haber merecido. Por otra parte, yo jóven, extranjero, desconocido para Vds., creeria siempre hacer una traicion á los amos á quien servia, si me adelantase á una pretension de esta naturaleza. No es esto decir que yo no aprecie á Eugenia, cuanto apreciarla debo, y que no reconozca en ella todo su mérito, pero siempre la he mirado como una hija de los amos á quien servia. Si en las ocasiones que hemos tenido para hablarnos á solas, me he conducido de esta manera, ella está presente y puede hablar.

EUGENIA... Gil Blas, yo no puedo contradecirte en nada de cuanto has dicho, pero yo me he prendado de tu amabilidad, de tus nobles sentimientos, de tu irreprehensible conducta, y yo te prefiero á todos los jóvenes de Marsella que procuran requebrarme y obsequiarme, y puesto que mis queridos padres aprueban mi eleccion, espero que no les desairarás, y que no te marcharás dejándonos á todos desconsolados con tu ausencia.

ANTONIETA... ¿Qué dices á esto, Gil Blas? ¿Será posible que despues de tanto tiempo como hace que estás en nuestra compañía, te resuel-

vas á abandonarnos tal vez para siempre? ¿Será posible, que viendo á la Eugenia enamorada de tus buenas prendas, así la desaires acaso para casarte con una española, que no te haga feliz, como lo serias con todos nosotros? ¿Será posible que así deseches una fortuna como la que te ofrecemos con nuestra querida hija, con un capital que no bajará de cuatrocientos mil francos? Pues mira que mi querido esposo me ha dicho en una de estas noches, que estimaria mas dejarlo en tu poder, que en ninguno de los demas jóvenes que conocia en Marsella.

GIL BLAS... Señora, Vd. apura todo mi pundonor y toda mi delicadeza. Lo que Vd. acaba de decirme del amo á quien sirvo, me confunde y trastorna todo mi entendimiento. Yo no sé como corresponder á tan singulares beneficios; pero yo no puedo resolverme.

EUGENIA... Pues qué! ¿Te hallas por ventura casado en España? ¿Estás acaso comprometido con alguna española que no te ame acaso tanto como yo? No me has conocido con el modo de mirarte y de tratarte que yo queria hacerle dueño de todo mi corazon? ¿Qué quiere decir que no puedes resolvete? Esplicate.

GIL BLAS... Eugenia, ni estoy casado, ni estoy comprometido con ninguna mujer de este mundo; pero yo tengo unos tios, á quienes debo

mi educacion. Estos al despedirme de su compañía me dijeron. Anda, ve á conocer el mundo y los hombres; pórtate con honradez; obra segun la nobleza de tus mayores, y sí asi lo haces, vuélvete á nuestra compañía, pero sino, huye de nosotros para siempre. Yo he procurado hasta hoy no deshonorar con mi conducta el honor de los antiguos prohombres de Castilla, de donde desciendo. Del mismo modo pienso continuar en todos mis viajes y ocasiones que se me presenten, y obrando así, debo volver á la compañía de mis queridos tios; y cuando sepan la historia de mi vida, estoy seguro de que me recibirán con los brazos abiertos, y me darán la posesion de las ricas haciendas que disfrutaban en los reinos de Leon y Castilla la Vieja.

EUGENIA... Y tantas son las haciendas de tus tios, que te muevan mas que lo que tienen mis padres en Marsella?

GIL BLAS... No Eugenia, ni la riqueza de mis tios ni la de tus padres podrán influir jamás en la eleccion de mi estado. Las riquezas no dan la felicidad: por el contrario, suelen ser la causa de nuestras mayores desgracias. Están sujetas á los vaivenes de la suerte. Suelen perderse con menos trabajo del que ha costado adquirirlas. He visto á muchos ricos y poderosos, que serian infinitamente mas felices sino tuvie-

ran sino lo preciso para vivir. Yo veia en el emperador de los franceses el hombre mas rico y el mas poderoso de la Francia, y le veo ahora prisionero y desterrado á la remota isla de Santa Elena. Sino hubiera sido mas que un hombre comun, como yo, estaria libre á estas horas de esta fatal desgracia de la suerte. No, Eugenia, no serán las riquezas las que me muevan á elegir la que haya de ser mi compañera por todos los dias de mi vida.

EUGENIA. ¿Pues qué es lo que ha de moverte y que no has hallado en mí al parecer?

GIL BLAS. Yo no lo sé. Yo no he pensado en casarme hasta ahora. No puedo saber aun si me casaré. Por consiguiente no puedo saber que es lo que me moverá si alguna vez llevo á casarme.

EUGENIA. Esas son disculpas, Gil Blas. Dí francamente que has dado palabra de matrimonio á alguna querida en España, y por esta razon no puedes comprometerte conmigo. Permita el cielo que cuando vayas á tu patria la halles ya casada con otro, lo cual no podrá sucederte conmigo, porque te juro, Gil Blas, no casarme nunca, si contigo no me casare. Haz tú aquí, en la presencia de mi mamá, un juramento igual, y entonces podré creer que no estás casado, ni comprometido.

GIL BLAS. Los juramentos, Eugenia, son una cosa muy seria. O no deben hacerse, ó despues de hechos deben cumplirse. ¿Cómo puedes saber tú si despues de mi ausencia te preñarás de otro jóven de mas mérito que yo, y de mayor utilidad y provecho para tus padres y para tí? Y en este caso, ¿por qué no has de casarte? ¿Por qué te has de ligar con un juramento que entonces te arrepentirás de haberlo hecho? No, Eugenia, no nos liguemos, ni coartemos nuestra libertad. Seamos siempre libres para obrar segun nos convenga. Yo no estoy casado, ni comprometido como te he dicho. Te doy mi palabra de no casarme sin tu licencia. Dame tú otra igual, pero sin juramento, de no casarte tampoco sin la licencia mia. Esto debe bastarnos á los dos. Si despues nos conviene enlazarnos lo haremos, y sino, no. Me parece que esto es lo mas que debemos hacer al presente.

ANTONIETA. Me parece, Eugenia, que ya puedes tranquilizarte. Bien conoces tú, querida hija mia, que una palabra de Gil Blas tiene tanta fuerza como la de una escritura. Cuando él afirma que no se casará sin tu licencia, no es capaz de faltar á lo que ofrece. En este caso ya tienes en tu mano el dejarle ó no dejarle libre. Tambien quedas tu en la misma

libertad de obrar despues segun vieres convenirte. Pero no dudes, hija mia, que Gil Blas volverá á nuestra casa despues de haber conocido que ninguna española será capaz de hacerlo tan feliz como tú. En este concepto permítele que se vaya á España, que la reconozca toda, y ya verás como despues se acuerda de tí, y de Marsella, en donde ha sido tan querido de nosotros.

GIL BLAS. Es muy posible, Eugenia, que suceda lo que dice tu mamá, porque yo te aprecio mas que á ninguna mujer de este mundo, y jamás me olvidaré de los beneficios recibidos de unos amos tan benéficos para mí. Permíteme pues cumplir lo que he ofrecido á mis tios, y dejemos al tiempo que nos haga ver lo que nos estará mejor.

En efecto, se conformaron todos tres con el dictamen de Gil Blas, y á los dos dias emprendió éste su viaje para España embarcándose en una goleta que dió la vela para la ciudad de Valencia.

FIN DEL TOMO PRIMERO.